



Carlos MARICHAL, *Historia mínima de la globalización moderna y contemporánea*. El Colegio de México, Ciudad de México, 2024, 395 páginas.

Carlos Marichal ha escrito un relato sobre los últimos dos siglos de historia económica del planeta que combina una enorme capacidad de síntesis, basada en un conocimiento profundo de una producción inabarcable y creciente, un estilo transparente y sencillo que, sin embargo, no significa perder la capacidad para el análisis preciso o para las discusiones historiográficas. *Historia mínima de la globalización* combina la narración cronológica, esclarecedores panoramas generales y una atención perspicaz a detalles o a obras artísticas que resultan enormemente iluminadoras.

Como se ha indicado, una de las virtudes de la obra es

su capacidad para provocar la reflexión analítica, sus constantes sugerencias, el planteamiento de cuestiones inquietantes y todavía no suficientemente investigadas. El profesor Marichal no se detiene demasiado en la cuestión teórica sobre el significado de la palabra globalización. Aparecen algunas definiciones diferentes, pero no necesariamente contradictorias, en la primera parte del libro. Así, por ejemplo, se sostiene que “La globalización moderna puede ser entendida como la intensificación de múltiples conexiones a través de mar y tierra” (p. 94). En otras partes se define globalización como internacionalización del capitalismo.

Y en algunos casos, se podría hacer referencia a la integración económica y los procesos de convergencia o divergencia.

Sin duda, globalización es un concepto esquivo, caracterizado por la vaguedad. Podría argumentarse, como ha señalado por ejemplo Frederick Cooper, que la conectividad no es una propiedad exclusiva de los tiempos modernos y que, en cualquier caso, merece más la pena explorar el significado y la densidad de las conexiones (y de las desconexiones que muchas veces son contemporáneas) antes que atender a su crecimiento. Igualmente, entender globalización como internacionalización del capitalismo acarrea sus problemas, por cuanto resulta complicado entender los fenómenos económicos que habitualmente asociamos al capitalismo sin su dimensión transnacional. Esto es evidente en el caso de la revolución industrial o la agrícola, pero también en otros casos. Como señala Marichal haciendo referencia a los ferrocarriles: “la vinculación entre la expansión de los mercados internos y el surgimiento del emergente mercado mundial constituye un campo de estudio que ofrece materiales ricos para debates fructíferos sobre los orígenes de la globalización moderna” (p. 57). Probablemente muchos fenómenos económicos (o de otra índole) se caracterizarían por esta dificultad de separar lo local de lo global.

Esta vaguedad intrínseca del mismo concepto está detrás,

probablemente, del hecho que el relato que ofrece *Historia mínima de la globalización moderna y contemporánea* combine la historia de la globalización que anuncia el título, con lo que puede considerarse una revisión de la historia económica mundial. No obstante, el autor tiene la perspicacia de evitar las visiones teleológica que acechan a este tipo de estudios. Este no es un libro sobre la creación de una única economía mundo. No hay nada predeterminado; a los ciclos de integración y aumento de las conexiones siguen ciclos de desintegración y desconexión (e incluso dentro de estos ciclos se observan tendencias contradictorias).

Pero, además, Marichal supera los problemas que ofrece el concepto globalización al plantear cuestiones novedosas o poco exploradas y cambiar en muchos casos el eje tradicional de las discusiones. Así, en lo constituye una de las contribuciones más estimulantes del libro, el autor habla de una “globalización colonial” (p. 22) y de la coincidencia entre “el inicio de la época más álgida del imperialismo europeo y de una nueva fase de globalización” (p. 77) a finales del siglo XIX. Acertadamente, se pregunta por qué esta cuestión ha sido tratada de manera marginal en la historiografía sobre la globalización moderna. Quizás una respuesta sería que muchos de esos trabajos han circulado en la órbita de una historia económica desconectada de corrientes más amplias. Así, una producción ya muy abundante (entre la que se incluyen las obras de Chris

Bayly, Frederic Cooper, Sebastian Conrad, Ann Stoler o Josep Maria Fradera) ha renovado los estudios sobre los imperios y nos ha permitido comprender mejor cómo se ha construido nuestro mundo moderno.

Igualmente, el autor está muy atento a la falta de convergencia, a las desigualdades, o bien producidas por el propio proceso de expansión capitalista transnacional o bien resistentes a su paso. Esta cuestión, que atraviesa toda la obra, resulta fundamental para evitar un relato triunfalista que hable de una unificación del mundo. En muchas ocasiones los estudios sobre lo que se ha denominado primera globalización, o el proceso de expansión económica en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, en realidad han hablado antes de una perspectiva regional que auténticamente global. Así, la crítica que realiza Marichal al trabajo –por otro, lado muy importante–, de O'Rourke y Williamson, por su eurocentrismo es muy apropiada. En el fondo, los dos historiadores económicos hablaban más de algunas conexiones “atlánticas” que de un proceso generalizable.

Marichal, especialista en historia latinoamericana, está muy atento a las dinámicas regionales. Así, a diferencia por ejemplo del conocido –y excelente– libro de Chris Bayly, *El nacimiento del mundo moderno*, la obra que reseñamos integra el mundo ibérico (América Latina y la península ibérica) en el relato global de una forma más rigurosa y matizada.

De todas formas, para Marichal no hay duda de que a finales del siglo XIX se estaba dando una dinámica globalizadora. Varios fenómenos lo muestran. La repercusión rápida y profunda de los movimientos en unas partes del mundo sobre otras. Así, la crisis de 1873, como una primera crisis financiera a escala global. O el impacto de los ciclos económicos de los países industriales sobre el resto del planeta. La expansión acelerada del comercio internacional, incluso a pesar de la oleada proteccionista que desató la crisis de 1873. “En el último cuarto del siglo XIX –afirma el autor– las relaciones entre centro y periferia se estrecharon” (p. 87). Aquí al lector le surgen algunas preguntas: ¿cuándo se habían conformado ese centro y esa periferia? ¿Fue la revolución industrial el detonante? ¿O el propio proceso globalizador? Por otro lado, y tomando en cuenta la heterogeneidad regional, igualmente cabría plantearse por la diversidad de las propias periferias. Como ha mostrado John Darwin, las ciudades-puerto tuvieron un papel particular en el proceso globalizador. En este sentido, ¿cómo situar a Buenos Aires en contraste con otras partes de Argentina? ¿O a Bombay, Singapur o Shanghái?

Otra de las características de este momento globalizador de finales del siglo XIX fue el incremento de los movimientos migratorios transfronterizos. Marichal, buen conocedor de la historia del hemisferio occidental señala que “los mayores volúmenes de emigración

internacional de la época fueron los flujos de personas que salieron de Europa con destino a las Américas” (p. 120). Sin embargo, el trabajo revisionista de Adam McKeown (*Melancholy Order. Asian Migration and the Globalization of Borders*), mostró que “Asian migrations were as numerous as the Atlantic migrations and organized through similar networks” (p. 43). Esta visión implica en cierta manera renovar nuestras ideas sobre el proceso globalizador insistiendo en sus dimensiones desiguales.

Tras esta edad de oro de la globalización, el período de entreguerras ha sido caracterizado como uno de desglobalización. Marichal, acertadamente, matiza esta imagen, tanto en lo temporal como en lo espacial. Las dinámicas de conexión y desconexión podían darse de forma contemporánea. Así, se asistió –sobre todo en la década de 1920– a una expansión del movimiento obrero con un marcado carácter transnacional. Igualmente, la expansión del comercio internacional en la década de 1920 o la fuerza emergente de las multinacionales (algunas de ellas se cuentan todavía entre las más grandes empresas mundiales) difícilmente pueden llevar a concluir que se trató de un decenio desglobalizador. Que la génesis de esas multinacionales ocurriera en un momento de reconfiguración de las relaciones coloniales plantea cuestiones que merecen ser investigadas en profundidad. Igualmente, la maduración de ciertas

transformaciones tecnológicas o los desarrollos en el sector de la energía muestran que la etiqueta de desglobalización, por lo menos aplicada a la década de 1920, necesita de muchos matices. Y algo semejante cabe decir de la Sociedad de Naciones como fuente de regulación internacional.

Obviamente, la imagen es distinta en la década siguiente. No obstante, el impacto devastador a escala global de la gran depresión nos habla de la fortaleza de las conexiones previas. Igualmente, no todas las conexiones se rompieron a pesar de la crisis económica. De hecho, algunas se reforzaron. Así, los imperios establecidos y algunos en expansión, como Japón, buscaron a toda costa compensar el daño económico a través de la intensificación de la exploración colonial. Como pertinentemente señala Marichal, “a pesar de la Gran Depresión, el colonialismo siguió vigente en África durante los años treinta, lo que constituye un drama humano que los historiadores seguramente habrán de explorar en profundidad a futuro” (p. 195).

Resulta igualmente acertada la inclusión de las políticas económicas nacionalistas de América Latina, Turquía y, en menor medida, la India en este relato de la “desglobalización” durante la crisis de los años treinta, al ofrecer un panorama más variado y matizado. A pesar de sus diferencias, el proceso de aprendizaje mutuo entre algunos de estos experimentos y otros similares podría ser otro

elemento que matizara el carácter de la desconexión de la década de 1930.

En todo caso, no se puede negar el impacto profundo de la gran depresión. Los niveles de comercio internacional de la década de 1920, en parte como legado de la crisis en parte como resultado de políticas proteccionistas, no se recuperaron hasta la década de 1980. Algo similar puede decirse de los movimientos de capital transfronterizos. Esto no significa que en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial no creciera el comercio mundial o, en general, no se (re) conectaran espacios o actividades económicas. Pero en todo caso, en la segunda posguerra se solaparon tendencias que a simple vista podrían parecer contradictorias.

Señala Marichal, que aplicar el término “globalización” para el periodo de la Segunda Posguerra que solemos denominar Guerra Fría, resulta cuando menos una simplificación. Y se pregunta “si realmente avanzó la globalización en estos decenios o si, más bien, debe considerarse que el nacionalismo fue dominante” (p. 203). Quizás los dos términos no son siempre incompatibles. Nacionalismo e internacionalismo, como ha mostrado Glenda Sluga, se han acompañado y reforzado a lo largo de la historia reciente de la humanidad (el propio Marichal lo subraya en el contexto de la descolonización). Por otro lado, organizaciones como la CEE (actual UE) tuvieron mucho de rescate transnacional del estado-

nación, como ya señaló el trabajo clásico de Alan Milward. El ejemplo Bretton Woods es paradigmático (en cierta manera también lo fue el Plan Marshall); los controles de los movimientos de capitales por los estados estuvieron respaldados por acuerdos o por formas de coordinación internacionales. La propia Guerra Fría en muchas ocasiones llevó a EE.UU. a tolerar el nacionalismo económico de sus aliados. Y en todo caso, los *mismos welfar estates* que buscaban controlar los movimientos de capital, contribuyeron a la vez a la emergencia de los espacios *offshore* que sería clave en el siguiente periodo de “globalización” de las finanzas, como bien ha mostrado Vanessa Ogle.

Los treinta gloriosos no sólo vieron el acelerado crecimiento económico y mejoras del bienestar en Europa Occidental, Estados Unidos y Japón. La que puede denominarse era del desarrollo también se vivió en la Europa comunista o América Latina. De hecho, Carlos Marichal ofrece una insuperable síntesis del desarrollo urbano e industrial en América Latina durante estas décadas de posguerra. La evolución de África y Asia divergió hasta cierto punto, si bien aquí el trabajo de Marichal se centra más en la dinámica política del proceso descolonizador que en su vinculación con las interacciones económicas transnacionales. Esta economía política de la descolonización merecería probablemente una atención mayor.

A partir de la década de 1970 este

mundo del desarrollo de posguerra comenzó a desvanecerse. El último cuarto del siglo XX significó la aceleración de transformaciones económicas y tecnológicas que llevaron a una expansión descomunal del comercio internacional; se hicieron notar los efectos de la llamada revolución financiera; se multiplicaron los flujos migratorios internacionales, y asistimos a la emergencia económica de Asia oriental, en particular a lo que acertadamente Marichal denomina “la revolución industrial china”. Todavía vivimos bajo el impacto de esos procesos. El paralelismo de estos fenómenos con el período de primera globalización de finales del siglo XIX, como indica Marichal, es indudable.

Los resultados de ambos períodos de profundización de las conexiones y aumento de la movilidad económica transfronteriza también se asemejan en algunos aspectos. Así, más allá de la posible convergencia económica entre algunas sociedades del norte y del sur global (convergencia relativa y no generalizable, como bien muestra Marichal), a lo que se ha asistido es a un incremento de la desigualdad al interior de las sociedades. De alguna manera, la innovación tecnológica y la abundancia parecieran al aumento de la desigualdad. La administración política de las fracturas sociales se convierte a su vez en el centro de los conflictos posteriores.

De nuevo estos procesos muestran una importante heterogeneidad en cada una de las regiones del globo. Marichal señala algo que muchas veces se olvida: a pesar de la Europa

continental también se embarcó en procesos de liberalización económica, los objetivos de protección social no fueron atacados con la virulencia de lo ocurrido en Estados Unidos o Gran Bretaña. La persistencia del estado de bienestar en las décadas de 1980 y 1990 no significó una pérdida de competitividad generalizada para los países europeos. Igualmente, mientras el proceso de privatización de empresas públicas fue acelerado y caótico en la Europa central y del este; igualmente rápido en Europa occidental y América Latina (en esta región en medio de una profunda crisis asociada a la deuda externa), en India y otras partes de Asia la pasión privatizadora no ha sido tan vigorosa.

Otra de las transformaciones más importantes de las últimas décadas (en una escala que no puede compararse con la globalización del siglo XIX) ha sido la financiera, impulsada por la desregulación y las nuevas tecnologías de la información. La complejidad de los instrumentos financieros, la velocidad de los movimientos y las cantidades movilizadas le han otorgado a este sector un rol central en la economía global y, al mismo tiempo, se ha convertido en una de las principales fuentes de inestabilidad, conduciendo a repetidas burbujas especulativas desde la década de 1980, culminando con la crisis de 2008, la más grave desde la Gran Depresión. Pero junto a los peligros para la estabilidad económica, cabría preguntarse hasta qué punto el desproporcionado crecimiento de las finanzas globales es responsable del

incremento de la desigualdad.

Quizás la más significativa de las transformaciones de las últimas décadas ha afectado a la producción y distribución de bienes manufactureros a escala global, a lomos de una revolución tecnológica (sobre todo vinculada a las TICs). Es el proceso que denomina el autor “tercera revolución industrial” y vinculado a ello lo que se suele denominar “el ascenso de Asia”, particularmente el de China, que, como han señalado algunos historiadores, está recuperando el lugar prominente en la producción manufacturera que ya tenía hasta el siglo XVIII.

Marichal despliega aquí un análisis muy fino en el que se cruzan bien el significado de las innovaciones tecnológicas con procesos sociales y decisiones empresariales. Y en el que se observa de nuevo que entender el proceso globalizador como uno de homogenización resulta engañosos. Mientras que en algunos lugares tenemos industrialización en otras asistimos a la desaparición de la producción manufacturera.

Y en cualquier caso, el ascenso de Asia no ha significado que las grandes multinacionales del “norte global” hayan perdido su posición hegemónica; o que el poder financiero global se haya desplazado fuera de Estados Unidos o Europa occidental.

Carlos Marichal termina su obra con un epílogo en el que reflexiona sobre el futuro de la globalización y los desafíos (de escala planetaria) a los que nos enfrentamos, en el contexto marcado por las incertidumbres fruto del colapso financiero de 2008 y la pandemia del COVID 19 pero también de la evidente crisis ecológica. Se trata de una mirada lúcida y sofisticada, que muestra de nuevo el conocimiento del autor sobre realidades diversas y su capacidad para no perder de vista los factores sociales y políticos en el análisis económico. Este epílogo pone un cierre espléndido a un libro que sin duda se convertirá en un trabajo de referencia.

*José Antonio Sánchez Román*

UNED, España

